

Oñorbe y Sabando, Blas

Discurso pronunciado por don Blas Oñorbe y Sabando el día 3 de julio del presente año en el acto solemne de la distribución de premios á los alumnos de la Escuela de dibujo y música ante el M.I. Ayuntamiento, Real Sociedad Tudelano de los deseos del bien público y un brillante y numeroso concurso.

Madrid : Imprenta de los Sres. Martínez y Bogo, 1864.

Vol. encuadernado con 9 obras

Signatura: FEV-AV-M-01454 (06)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

DON BLAS OÑORBE Y SABANDO

EL DIA 3 DE JULIO DEL PRESENTE AÑO,

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

Á LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA

DE DIBUJO Y MÚSICA,

ante el M. I. Ayuntamiento, Real Sociedad Tudelana de los
deseos del bien público
y un brillante y numeroso concurso.

Se imprime por acuerdo y á expensas del M. I. Ayuntamiento y Real Sociedad Tudelana.

MADRID:

IMPRENTA DE LOS SRES. MARTINEZ Y BOGO,
calle de la Manzana, 3, entresuelo.

1864.

DISCURSO

PROFESADO POR

DON BLAS ONORBE Y SABANDO

EL DIA 3 DE JULIO DEL TERCEIRO AÑO

EN EL ATO SOLERNE DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

EN LA SALA DE LA SOCIEDAD

DE DIBUJO Y MUSICA

MADRID:

LIBRERIA DE LOS SEÑ. MARTINEZ Y BOCAN

1864

M. I. S.

Si algo tiene de reprehensible la osadía del que sin autoridad ninguna, revestido de ningun carácter que le escude, viene á dirigiros la palabra en ocasion tan solemne, hágame al menos acreedor anticipadamente á vuestra disculpa y á vuestra benevolencia la emocion profunda, verdaderamente profunda, que en estos momentos embarga casi por completo mis facultades, dando así testimonio irrecusable del hondo respeto que todos, señores, me mereceis con justicia, y de la solemnidad que este momento reviste en la série de los actos de mi oscura vida. Este es el momento en que por primera vez me atrevo á levantar en público mi voz: no la ahogueis, os suplico, entre olas de irritante sarcasmo, y sirva de escudo á mi pequeñez vuestra indulgencia con que cuento como fomentadores que sois los unos del trabajo y la esperanza, como amigos los otros, como conciudadanos todos.

Y permitidme, señores, que ante todo empiece, que

lo contrario sería mal augurio, pagando una deuda que lo es de todo corazón bien nacido, una deuda de gratitud: reciba el tributo de mi reconocimiento el Sr. Presidente (1) por haberse dignado concederme la palabra; recíbalo también mi respetable amigo el digno sócio (2) á quien acabais de oír, por haber iniciado el pensamiento que, con alta honra mía, aquí me trae, y recibidlo por fin todos vosotros, señores, de cuya caballerosidad, de cuyos generosos sentimientos, de cuyo amor pátrio, no esperaba menos, sea dicho á la verdad, que el religioso silencio con que os preparais á escuchar mi humilísima palabra.

Esto, sin embargo, no me escusa de dar á todos, porque á todos se les debe, la razón de mi conducta; porque no faltará quien entre vosotros sienta surgir en su interior una pregunta, por otra parte, muy natural. — ¿Quién es éste? direis: ¿en nombre de quién, á título de qué, con qué carácter vienes á hablarnos hoy?... ¿Qué quién soy, señores?... Todos vosotros, me atrevo á decirlo, lo sabéis tan bien como yo. Humilde escolar que consagra sus vigili-
as al estudio, sin otra mira, según pensarán almas mezquinas, que la de *pane lucrando*; con otro norte más noble y más digno y más elevado, según pensarán almas generosas, según lo ha sentido siempre mi corazón el primero. Y siendo eso, y nada más que eso, tengo un alma entusiasta por todo lo bello, por todo lo noble, por todo lo grande; y siendo eso y nada más que eso, tengo un corazón que se siente re-

(1) El Sr. D. Javier de Mur, Alcalde constitucional.

(2) El Sr. Licenciado D. Juan Sodornil y Villafranca, párroco de San Jorge el Real.

movido hasta en sus mas hondas profundidades al solo nombre de lo magnifico y lo sublime que embellecen la mansion del hombre; y en nombre de esa alma, desprendida del alma de la humanidad que hoy se condensa aquí, como se condensa siempre donde tiene lugar un espectáculo que bajo sus formas, siquiera sean tan modestas como las de hoy, hace latir una idea fecunda, palpitar un gérmen de vida; en nombre de ese entusiasmo que fecundiza nuestras fuerzas, que da mas ensanche á nuestro pecho, que hace de la tierra un Eden de delicias, que hace de la inteligencia un génio y del hombre un Dios creador sobre la tierra... en nombre de esa alma, en nombre de ese entusiasmo vengo aquí... ¡Ojalá que una chispa de él prenda tambien en vuestro generoso pecho! Pero si mi pobre palabra no alcanza á trasmitir á vuestras almas el calor que anima la mia, logre al menos que presteis oido á las reflexiones (ó como querais llamarlas) que sobre el Arte bello me sugiere el acto que hoy celebramos.

Soplo el espíritu del hombre de la esencia divina infundido en su noble faz, remate y cúpula del edificio inmenso que saliera de las manos del Hacedor, lleva en sí el sello de su divina semejanza. Su razon, purisima centella desprendida de la razon divina, atesora, en el grado que le compete atendida su finitud, idénticos atributos que la Divinidad. Las ideas absolutas, cuyo objeto como en insondable piélago se escapa á la comprension, pero no al conocimiento humano, en el océano de la inmensidad de Dios, hállanse en gérmen en la razon

del hombre; y la bondad, y la verdad, y la belleza, que juntas se resúmen y armonizan en un tipo sublime, brotan así del seno de Dios para encerrarse en la urna santa de la razon humana. A manera de copiosos raudales de purísimas aguas, brotan de un manantial comun para fertilizar los mundos de la vida, y cada uno de ellos va derramando á su paso torrentes de luz y armonía, de vida y ventura para el hombre.

En efecto, señores, á esas primordiales ideas corresponden las tres grandes manifestaciones que abarcan todos los ámbitos de la vida.

La bondad, que es el órden, que es la armonía, que es la subordinacion del sér á su destino providencial; la bondad, que es la aspiracion eterna de la voluntad, forma la ancha basa sobre la cual se asienta la Moral, sobre la cual se asienta la Religion.

La verdad, que es la realidad y algo mas que la realidad; la verdad, que es el norte perpétuo de la inteligencia, crea la Ciencia.

La belleza, que es la unidad y la variedad, la armonía y la actividad; la belleza, que es el imán constante de la sensibilidad, constituye el Arte bello.

Bien, verdad, belleza; hé aquí la augusta trinidad del espíritu: Religion, Ciencia, Arte; hé aquí la augusta trinidad de la vida.

¿Buscáis cuál es la importancia del Arte? Buscad la de la Religion, buscad la de la Ciencia: sí; porque las ideas, que son su cimiento, y su cúpula, y su todo, son hermanas; porque son la Aglaya, Talia y Eufrorina que, entrelazados sus brazos, ciñen la Vénus del alma; porque es una misma su raiz, el seno de Dios; porque son inseparables en la realidad; porque se ayudan y se compe-

netran, se completan y se confunden, haciendo imposible su deslindamiento cabal, y dando lugar á que Platon ya dijera que lo bello no es mas que el resplandor de lo verdadero.

La Religion es una Ciencia y es un Arte; como la Ciencia, es un Arte y es una Religion; como el Arte, es una Religion y es una Ciencia; la Religion y la Ciencia de la sensibilidad, la Ciencia y la Religion de la belleza. Ved aquí el punto de vista que es menester ocupar para alcanzar en toda su importancia el alto papel que representa en la vida, el alto papel que representa en la humanidad el Arte bello.

No seré yo quien atienda las elucubraciones de los filósofos que pretenden dar al Arte bello la supremacía sobre la Religion y la Ciencia, no. Lleno de hondo, lleno de profundísimo respeto hácia la primera institucion, hácia la primera ley de vida del hombre individual, de la sociedad, de la humanidad entera, quédese en buen hora la Religion sobre su altísimo pedestal, recibiendo entre nubes de incienso el corazon que en holocausto se le ofrece, derramando en recompensa sobre el hombre torrentes de paz y de ventura, y haciendo de él y del Universo entero un ramo de flores agradable al Altísimo; pero sí reivindicaré para el Arte, dado caso que pretenda establecerse un orden de precedencia entre los dos, la superioridad sobre la Ciencia.

Si la Ciencia conduce al ingénio humano al través de las secretas propiedades de los cuerpos y con el escalpelo de su fina crítica los descompone en sus elementos, el Arte penetra en ellos para descubrir el sello de su divino origen, la esencia vivífica que impregna cuanto surgió del caos á la voz del Hacedor. Si la Ciencia in-

quiere los fenómenos del mundo y estudia su causa y determina su ley, el Arte los reproduce depurados en el crisol de su elevada concepcion. Si la Ciencia forma con sus verdades sistemas que en armonioso conjunto brindan pasto á la inteligencia del hombre, el Arte le ofrece sus obras, que recrean y exaltan su fantasia, que hacen latir apresuradamente su corazon y en copa de oro le escancian el dulce néctar que le sume en deliciosa embriaguez. Yo veo una matrona altiva, severa, desdeñosa, fruncido el entrecejo, pensativa ante una flor; es la Ciencia: de su afanoso desvelo, ¿qué os dará? Una pálida, y seca, y muerta descripcion de sus órganos y sus funciones. Yo veo ante la misma flor, postrada de hinojos (verdaderamente postrada de hinojos, porque el entusiasmo brilla en su frente), aquella casta y hermosa doncella que con mano maestra retratara el manco de Lepanto en su inmortal caricatura: la Poesía, seguida de su brillante cortejo de Bellas Artes: ¿qué os darán despues? Una preciosidad en un cuadro, un inspirado canto. ¿Qué preferís, señores, un artículo de Linneo ó Decandolle, ó las flores de Arellano y Vander-Hammen, ó las odas de Rioja al jazmín y á la arbolera? Si la Ciencia ilustra y enriquece el espiritu, el Arte le ennoblece y diviniza. Si la Ciencia, descendiendo del pináculo de sus abstracciones, atiende cariñosa á las necesidades del hombre, el Arte le sigue en todos los momentos de su vida, fomentando sus mas elevados goces, consolando sus pesares, entreteniendo sus dulces ócios, cicatrizando sus heridas, enjugando su amargo llanto. Si la Ciencia, recorriendo la inmensa cadena de los séres, se remonta de eslabon en eslabon hasta adorar la mano de Dios que sostiene el primero, el Arte, sin necesidad de un proceso lógico, se

remonta en alas de la inspiracion, se hinca de hinojos ante su trono augusto y adora al que es fuente de todo lo bello, raiz eterna de donde brota todo lo grande y sublime que hace latir de entusiasmo el corazon del hombre. Si la voz de la Ciencia ahuyenta las tinieblas y envuelto en ellas corre despavorido el mónstruo del error y la ignorancia, á la voz del Arte se anima, se rejuvenece, salta de gozo la naturaleza.

«El pincel por el génio conducido
 Hace saltar sobre un informe lienzo
 Cuanto los ojos y la mente admiran
 Y arrastrado en un plano, es como el dedo
 De Dios, que bosquejó sobre el abismo
 La luz, los mundos y las pardas sombras.»

El cincel del escultor hace de un mármol inerte, de un inanimado bronce un cuerpo palpitante de vida y de belleza, rebosando acaso amor en sus ojos como la Vénus de Praxiteles, imponente quizá con la magestad de su serena frente como el Júpiter de Phidias, acongojado entre horrosas angustias al cercarle las silbadoras sierpes, como el Laocoonte griego.

La Arquitectura socavará montañas en la India para construir sus ciudades y sus templos trogloditas; levantará en Egipto pirámides gigantes para tumbas de pigmeos; os hará sonreír de alegría al divisar entre nubes de purísimo azul aquella acrópolis griega que corona la cima del lejano monte; os hará descubrir respetuosamente la cabeza cuando holleis con vuestra planta el Escorial, el Escorial, señores, la encarnacion de la España del siglo XVI, quiero decir, del siglo mas glo-

rioso de la nacion, mas grande de la tierra; y doblareis indefectiblemente la rodilla de respeto y de pavor y os sentireis en presencia del Dios de los cristianos bajo la nave augusta de una gótica catedral.

La Música hará pasar por el tamiz de su inspirado génio todo lo mas armonioso que concurre á este concierto universal del mundo; y el murmurio del arroyuelo que serpea en la verde pradera, y los trinos del ruiseñor que en la espesa enramada canta sus dulces amores, y el aliento del aura que como enamorada vírgen suspira en el corazon del bosque, y el estridor del trueno y la catarata, y el grito agudo de dolor que lanza la madre al recibir en sus brazos el cadáver de su hijo; todo lo atesora, lo asimila, lo apropia, lo depura, y, reina de los sonidos, dispone de ellos para escitar en nuestro pecho las borrascas mas dolorosas, ó para mecernos muellemente en brazos de una melancólica dulzura, de una expansiva alegría.

A la voz, en fin, de la Poesía, soberana de las Artes, los montes y selvas se pueblan de driadas y de silvanos, los mares de Nereidas, las fuentes y rios de Náyades, la tierra entera de innumerables génios: las nubes tiemblan conmovidas por el carro de Jehová que se pasea en el espacio; el céfiro lleva oculto bajo sus alas el dulce ruido de los besos del amor; el padre Eter descende con las lluvias á consumir sus nupcias en inmenso tálamo, fecundizando el seno de la madre tierra; el universo entero se convierte en una lira de siete cuerdas y un solo canto de armonía.

Y ved aquí, señores, la mision del Arte; calmar esta sed insaciable que nos aqueja, amenguar este vacío inmenso que hay dentro de nuestro ser; vacío que no se

llena ni con los tesoros de Creso ni con las conquistas de Alejandro, sed que no se sácia con la posesion de todas las beldades de la tierra, ni se adormece entre el bullicio de delirante orgía; sed y vacío que son, me atreveré á decirlo, la grandeza de nuestra misma alma, la capacidad inmensa de nuestro corazon, la avidéz de un conjunto superior á cuanto nos rodea, á todo cuanto vemos y palpamos, de un conjunto mas conforme con el tipo que deseamos y concebimos; en una palabra, la aspiracion del hombre á lo bello, á lo bueno, á lo grandioso, á todo lo que es en sí perfecto, absoluto, infinito. ¿Quién, señores, no ha sentido en sí mismo aquella expansion del pensamiento con que el alma abarca el cielo y la tierra, y experimenta una emocion tan sublime como vaga é indefinida, y desea, y no sabe á punto fijo lo que desea, concibe y no sabe lo que concibe, fija su altiva mirada en la inmensidad del espacio y no sabe explicarse lo que busca ni lo que divisa?... Pues bien, señores, el génio del Arte desplegará entonces sus alas, alzaráse sobre los mezquinos horizontes de la tierra, remontará su vuelo á los mundos de la idealidad que creó la fantasía, y ora vagando por la serena region del cielo, ora recorriendo los tenebrosos antros del averno, buscará las fuentes de inspiracion nunca agotable, allí emparará sus blandas plumas y vendrá á sacudir sobre la abrasada frente de la humanidad el rocío bienhechor que mitiga la fiebre en que se abrasa su alma.

Recorred ahora, señores, algunas no mas de las gigantes figuras que se destacan en el inmenso cuadro de los progresos del Arte y de la Ciencia. Zeuxis pintando á Elena; Eufanor dando vida á Teseo; Timantho eternizando el sacrificio de Ifigenia; Phidias modelando su Jú-

piter y Praxiteles su Vénus; el ciego de Smirna recorriendo las ciudades de la Grecia y cantando de puerta en puerta los versos inmortales de su Iliada; el cisne de Tebas confiando á la inmortalidad entre sus estrofas de fuego el nombre del que arrebató la palma olímpica; Hipócrates echando los cimientos á la Medicina; el viejo de Teos pulsando la lira del placer en voluptuoso abandono; la poetisa de Lerbos cantando arrebatada los amores de Faon; Demóstenes aniquilando á Eschines con el rayo de su elocuencia; Sócrates con la cicuta en la mano conversando sobre la otra vida con Cebes y con Criton; Platon á orillas del mar enseñando á sus discípulos la inmortalidad del alma; Ciceron acusando á Verres; Horacio en su calma del Tibur retratando su melancólica dulzura en sus eternas odas; Luis de Leon, que ora nos arrebatara en pos del cordero celestial en la mansion del cielo, ora nos hace cabalgar sobre las estrellas en su noche serena; Toledo y Herrera levantando el Escorial; Newton pesando los mundos en la balanza de su mente; Rafael pintando su Perla y su Pasma de Sicilia; Miguel pintando sus Estancias; Dante Alighieri poniendo ante nuestros ojos su Infierno, su Purgatorio y su Paraiso, ó cantando á su Beatriz como á su Laura Petrarca; Murillo pintando sus vírgenes; Descartes y Leibnitz ideando sus sistemas; Cervantes con su Quijote levantando un monumento eterno á nuestra gloria; Weber, Mozart y Rossini encantando al mundo con sus sublimes melodías; Calderon escribiendo *La vida es sueño*; Goethe meditando su *Fausto*, y Espronceda su *Diablo mundo*.... Hé aquí astros que eternamente brillan en el cielo del Arte y de la Ciencia, astros que todos giran en torno de un mismo sol, sol que se llama razon humana: hé aquí el

vasto panorama que depara á vuestra vista todo lo mas grande que admiraron los siglos pasados, que admirarán los venideros. Si entre tanta grandeza no queda suspenso el criterio y os atreveis á juzgar, decidme ahora de parte de quién está la mas alta grandeza, decidme quién entre tantos grandes es el mas gigante, decidme de quién puede con mas justicia afirmarse que hizo las delicias de la humanidad, que pasó sembrando de rosas el camino de la vida, que arrebató los aplausos de las generaciones, que tocó con su frente á las estrellas, como de sí mismo decia con la candidez del génio el vate inmortal de Venosa. Y tened aun en cuenta que Platon no seria Platon si no hubiera arrebatado al Arte la brillante vestidura de su idea, porque Platon, si es gran filósofo, es todavía mas artista que filósofo; que si Newton puede sostener sin desdoro el paralelo con cualquiera de los nombres mas brillantes que registra el Arte en las páginas de su historia, es porque el elemento del Arte vivifica tambien su sistema. Aplicad lo mismo á otros casos. Despojad á la Ciencia de todo elemento artístico y hallareis un esqueleto. Y es que la Ciencia por su naturaleza se dirige solo á una facultad humana; es que la Ciencia por su naturaleza se dirige solo á la inteligencia. y que no puede dirigirse exclusivamente á una facultad sin provocar una escision entre todas, sin hacer que todas acusen su inmerecido olvido, porque *uno* es el espíritu y *uno* debe ser su ejercicio. Libre está el Arte de ese escollo. Mas universal en su raiz, mas verdaderamente humano en sus aplicaciones, abarca sin oprimirlas, ejercita, sin fatigarlas, las facultades del hombre. Dirigido á un ser sensible, ora mece blandamente su corazon como agita las corolas de las flores la

brisa de la mañana, ora lo estremece dolorosamente como conmueve la encina de los montes el huracan bravo. Encaminado á un ser inteligente, le hace presentar su prototipo de belleza para formular su juicio, y satisface su razon despertando las ideas primordiales que en ella radican. Destinado á un ser activo, á un ser moral, enciende en su voluntad la llama del amor que le hace aspirar ardientemente á ensanchar la esfera de su vida, á unirse con el objeto amado, á confundirse, á identificarse con él, á formar con él una sola cosa, un solo todo; á intimarse (este es el término de los estéticos) con aquel objeto que en el *quid divinum* que atesora, le ofrece, digámoslo así, el complemento de su propio ser.

¿Qué seria, señores, de una familia compuesta de miembros igualmente necesitados todos, igualmente asistidos de derecho á vuestro auxilio, si á uno solo tendieseis pródiga vuestra mano dejando á los demás en el olvido?... ¿Qué? Que si el amor de padre, ó el amor de hijo, ó el amor de hermano no obraba poderosamente en el corazon de vuestro protegido, la familia pereceria sin remedio. Pues bien, señores, vosotros sois la Ciencia, la familia es el alma. Las fuerzas del alma son, sí, cariñosas hermanas, y por mas que la Ciencia se empeñe en tender á una sola su mano, una sola se asirá, pero las demás se asirán de la primera; mas no por eso deja de ser la Ciencia (la Ciencia pura, entendedlo bien), reo de atentado contra los derechos que, iguales todas, todas, tienen á su atencion y cultivo. Y no se diga que hay en nosotros una facultad mas noble y que como tal merece todos nuestros cuidados, porque aun concediendo la sobreescelencia de una facultad (que no hay tal, porque de igual origen y de igual destino todas son

perfectamente iguales), eso á lo sumo probaria que era digna de cultivo preferente, pero no exclusivo; lo contrario seria abrigar la pretension de aquel que por tener bonita la mitad de la cabeza y no tanto la otra mitad, quiso cortar la mitad fea para quedarse con la mitad bonita, bello espediente para quedarse sin nada. El Arte conoce mejor al hombre; conoce su complejidad, conoce la necesidad de la armonía y se abraza gustosamente á ese elemento de universalidad necesario para satisfacerla: elemento á que la Ciencia recurre solo como violenta, como disgustada. El Arte conoce la complejidad del ser humano, conoce que es indispensable la armonía y sabe que atentar contra ella es querer mutilarle, es atentar contra su vida.

Señores: fácilmente comprendéis que asuntos como éste son susceptibles de un desarrollo indefinido. Yo no me he propuesto, ni podia ni debia proponerme pronunciar un verdadero discurso; y por la primera vez que hablo en público debo poner especial cuidado en no abusar de la paciencia de mis amables oyentes, que haré temo que se irá agotando ya. Voy, pues, á caminar hácia el fin, pero no sin antes haber hecho alguna observacion sobre lo que llevo dicho.

Notareis que al hablar de Bellas Artes yo no me limito á considerar las tres que generalmente se comprenden bajo este nombre, sino que en él incluyo tambien la Música y la Poesía. Razones sobran para ello que no son del caso; pero aunque faltaran esas razones, bastaria para convencernos de su íntima afinidad, de su estrecho parentesco, ver cómo juntas nacen, juntas llegan al apogeo de su grandeza, juntas se hunden tambien en el polvo del sepulcro, reconociendo unas mismas causas de

elevacion, de decadencia y muerte. Al hablar, pues, de Bellas Artes, yo no debia en manera alguna escluir de mi tosco cuadro á la reina de todas, á la Poesía. ¿Cómo quereis que la olvidara tampoco, cuando ella y solo ella ha podido darme en cierto modo derecho para aspirar á dirigiros la palabra? Porque aunque es verdad que todas las demás Bellas Artes se rozan íntimamente con la Poesía, ella sola, sin embargo, entra de lleno en la esfera de los estudios, á que nos consagramos los que tenemos por emblema el color azul celeste, color que (sea dicho de paso) significa á mi juicio muchas cosas que todas pueden resumirse en esto: *el cielo en la tierra*;

Pero ese cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo ni es azul, ¡lástima grande
Que no fuera verdad tanta belleza!

Esto decia un poeta de ese cielo que veis; del cielo de que yo hablaba podeis decir otro tanto, porque es cielo... de ilusiones.

Un momento todavía y concluyo. Creo que aunque yo no lo haya explicado bien, habeis comprendido perfectamente que hay una importantísima mision que las Bellas Artes realizan en la vida; que si las Ciencias, sus hermanas, pretenden disputarles, digámoslo así, la primogenitura de orden, las Artes abundan en razones con qué sostener su derecho, y en fin, que su cultivo, que su fomento, no es un mero lujo ni mucho menos un lujo funesto, no es una necesidad facticia, no es una superfluidad: es una verdadera necesidad del hombre, es una condicion de su naturaleza: examinadla y ella os lo dirá mejor que yo: consultad la historia y corroborareis vuestra conviccion. A los que en su inexorable positivismo

se desdennan de volver los ojos hácia esas *hijas del cielo*, yo podria, descendiendo al terreno de sus rastreras apreciaciones, prescindiendo de la gloria que á los individuos y á las naciones vinculan los monumentos del Arte y los recuerdos del génio, yo podria recordarles la influencia que ejercen en la educacion y en las costumbres como elemento de moralidad y de órden, y citarles aquel dístico tan sabido:

Adde quod ingenuas didicisse fideliter artes

Emollit mores nec sinit esse feroc;

y si este giro de ideás es todavía demasiado elevado, yo podria decirles, abatiendo aun mas el vuelo y adoptando el lenguaje utilitario, que es el suyo, que las obras artísticas son para los pueblos un capital puesto al rédito que produce ciento por uno: y lo abonaria con el ejemplo de esa Italia, tierra clásica de la belleza, eterna patria de los artistas, donde, solo en Roma, pasan de doce mil los extranjeros que entran cada año, puede asegurarse que sin otro objeto que admirar su Vaticano, sus *loggie* de Rafael y el Moisés de Miguel Angel. Calculad lo que esos extranjeros, ingleses muchos de ellos, muchos con sus familias, casi todos opulentos, no dejarán en la Ciudad Eterna: hé aquí un resultado positivo, una utilidad líquida, clara y mercantilmente demostrada. Pero, señores, no se trata de eso; seria hacer imperdonable injuria á vuestro ilustrado espíritu, á vuestras elevadas miras, si por un momento no mas pudiera suponer que habeis menester de tales pruebas. Vosotros, señores individuos del M. I. Ayuntamiento y de la muy ilustre Junta, estais cansados (si esto puede cansar) de

oir que el hombre no vive de solo pan, que hay algo mas grande que eso y mas precioso que el oro, y que esto mas grande y mas precioso es la inspiracion, la energia, la elevacion, la nobleza, la magnanimidad, el heroismo. Penetrados de estos sentimientos, premiais cuanto ofrece una vislumbre de generosidad ó de grandeza, fomentais cuanto puede elevar el corazon de vuestros paisanos, recompensais el mérito, coronais el talento, alentais el trabajo, la abnegacion, la sed de gloria; ¡cómo no habiais de fomentar las Bellas Artes! Y ese pueblo, de cuyo bien sois verdaderamente *deseosos*; y ese pueblo, de quien sois fieles *amigos* y providencia en la tierra, bate palmas alborozado de gozo á cada uno de los actos generosos con que contribuis á su prosperidad y á su gloria. Por tales sentimientos y tales obras, mereceis bien de la patria, mereceis bien de la humanidad entera. ¡Dios premiará vuestros esfuerzos!

Y vosotros, los que llenos de noble orgullo habeis venido á recibir aquí de manos de la justicia el galardón debido á vuestra laboriosidad y á vuestros talentos, apretadlo contra vuestro pecho, guardadlo todos los dias de vuestra vida, y que sea, al par que estímulo poderoso en vuestras nobles tareas, un derecho y una garantía de la proteccion de quien os lo ha dado. Los que con tan felices auspicios emprendeis la gloriosa carrera de las Bellas Artes, decidme, ¿no hay alguno entre vosotros que sienta oscilar en su frente la llama santa de la inspiracion? ¿No hay alguno entre vosotros que se sienta animado por una chispa siquiera de aquel fuego sagrado que inflamó las grandes almas de Murillo y de Velazquez, de Toledo y los Herrerás?... Pues levantaos y levantad con vosotros

á esta ciudad tan noble como infortunada que en vosotros pone su esperanza: levantaos, y si á tanto alcanzan vuestras fuerzas, remontad todavía mas el vuelo, y levantad con él á esta España tan grande un dia, tan postergada hoy: una y otra yacen oprimidas bajo la acusacion de estériles que á la frente les escupen hasta sus propios hijos; vindicadlas, probad al mundo que no puede ser estéril la nacion que registra en sus anales los nombres de Gomez y Ortells, de Monteverde y Salinas, en Música; de Murillo y Ribera, Cano y Velazquez, en Pintura; de Monegro y Hernandez, Herrera, Berruquete y Rodriguez, en Escultura y Arquitectura; de Lope y Calderon, en Poesía; seguidos de ejército innumerable de vates que nuevas sirenas suspendieron al mundo con sus sublimes cantos; vindicadlas y haced que un dia, cuando la patria entusiasmada celebre con su triunfo vuestro triunfo; cuando ciña vuestra frente con el laurel merecido y los aplausos unánimes resuenen en el espacio, haced que esta ciudad que meciera vuestra cuna pueda unir su voz á la voz de vuestros compatriotas y esclamar trasportada de entusiasmo: « ¡Su gloria es mi gloria; yo los amamanté á mis pechos; son hijos míos! »

— HE DICHO.

á esta ciudad tan noble como ilustrada que en tres
 otros para su prosperidad: levantarse y si á tanto alzar
 van vuestros torres, remontad todavía más el vuelo y
 levantad con él á esta España tan grande un día; tan
 postergada hoy, más y otra ya en optimas bajo la
 ocurrencia de estrellas que á su frente las escapan hasta
 sus propios hijos: vimbicadas por el mundo que no
 puede ser actual lo mismo que restan en sus años los
 nombres de Gómez y Estrella de Montevideo y Salinas,
 en Madrid de Barba y Ribera, Juan y Velasco, en
 Portugal de Almeida y Hernandez, de Avila, de Portugal
 de y de Portugal en Galicia y Arguñón, de Lugo y
 Caldeira, en Fozes; espaldas de viento tan grande
 de calor que a veces viene espandiendo al mundo
 con sus salinas entos, vimbicadas y hacia que un
 día, cuando la patria estuviere en tal estado en su
 la vuestro triunfo, ojala que con el viento con el
 lazo marcado y los espaldas unánimes resonan en el
 espacio, hacia que esta ciudad que muestra vuestra cara
 pueda ante su voz á la vez de vuestros compatriotas y
 espaldas levantada de entusiasmo: ¡En gloria es mi
 gloria; yo los amando á mis hijos; son hijos míos!

—En Barcelona...